

Didáctica de la Literatura Infantil y Juvenil

Manual de la asignatura

Universidad de Granada

Grado en Educación Primaria / curso 2016-2017

Juan García Única

**Tema 6:
Las bibliotecas escolares**

ÍNDICE

II. LA LITERATURA EN LA ESCUELA	3
6. LA BIBLIOTECA ESCOLAR.....	123
Organización, funcionamiento, fondos, recursos y actividades	124
Biblioteca y hábitos lectores.....	127
II. CUESTIONES PROPUESTAS.....	131
BIBLIOGRAFÍA.....	1
COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO.....	1

II. LA LITERATURA EN LA ESCUELA

6. LA BIBLIOTECA ESCOLAR

Jorge Luis Borges, escritor argentino, es uno de esos personajes a los que cuesta no mencionar cuando hablamos de bibliotecas. No sólo porque fue director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, donde trabajando se dio un golpe que acabaría por dejarlo ciego, sino porque imaginó el universo entero como una biblioteca.¹ No menos conocida es su definición del libro, que exponemos aquí:

De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y de la imaginación.²

A tal cita podríamos apostillarle aquí que una biblioteca es a su vez una extensión del libro, luego no deja de ser el lugar donde ambas cosas –la memoria y la imaginación– sobreviven.

Puede que hasta más que eso, porque una biblioteca no es sólo un almacén, sino también uno de los pocos lugares realmente comunitarios que nos van quedando. Sin lectores ni bibliotecarios, sin comunidad, en definitiva, una biblioteca no es tal, sino sólo una serie de estanterías con libros y otros materiales audiovisuales. Podríamos decir incluso, sin ser del

¹ Inspirando, por cierto, la figura de Jorge de Burgos, el bibliotecario ciego con el que Umberto Eco homenajeó al argentino en su novela *El nombre de la rosa*.

² Véase la conferencia «El libro», recogida en Jorge Luis Borges, *Borges oral*, Madrid, Alianza, 1998, pág. 9.

todo exagerados, que una biblioteca no se define por lo que tiene, sino sobre todo por lo que hace. Una biblioteca, así, no se reduce a lo que presta, sino a lo que da.

Porque las bibliotecas son esos lugares donde lo más valioso que han sido capaces de concebir los humanos permanece. Y eso es algo que siempre tenemos que saber llevar a la escuela.

ORGANIZACIÓN, FUNCIONAMIENTO, FONDOS, RECURSOS Y ACTIVIDADES

Seguimos los consejos que nos ofrecen Baró, Mañà y Vellosillo (2001: 42-44) sobre la *organización* de las bibliotecas escolares. Aconsejan estas autoras diferenciar espacios para los distintos usos, como por ejemplo un rincón de lectura informal, mesas para el trabajo colectivo, un lugar para la consulta y estanterías bajas que no dificulten la visibilidad. Acondicionar la biblioteca escolar de manera que no recuerde excesivamente al aula también puede ser útil: podemos utilizar el mismo tipo de muebles, por ejemplo, pero no es necesario colocar las mesas en hileras frente a la del bibliotecario; ni es tan difícil valerse de colores distintos, por lo demás. Los muebles pueden ser de serie, pero lo importante es que permitan añadir elementos con una cierta homogeneidad para que puedan crecer y moverse en función de las necesidades, como sucede cuando las mesas se juntan para una sesión de trabajo colectivo o se apilan para dejar espacio a una actividad. Procuraremos siempre que nuestra biblioteca dé una imagen atractiva, con rótulos metálicos, si puede ser posible, mejor que pegados con cinta adhesiva, o con carteles bien diseñados con ordenador, en lugar de escritos de cualquier manera. Hay que hacer, como norma, que la biblioteca sea muy visible. Para esto último podemos poner la vitrina de novedades cerca de la entrada, diseñar un tablero de noticias de la biblioteca o distribuir re-

gularmente por el aula y los despachos del centro escolar las listas de novedades y los calendarios de actividades.

Con respecto al *funcionamiento* distinguiremos dos cosas: el préstamo y los horarios. Según Lage Fernández (2013: pos. 801-803), a quien seguimos en este apartado, a propósito del préstamo conviene hacerse tres preguntas: cómo se realiza, quién lo realiza y cuándo lo realiza. Procuraremos siempre establecer normas que no vayan en detrimento del común, y nos interesaremos por el grado de satisfacción de este servicio. En lo concerniente a los horarios hemos de dar a conocer bien el tiempo que la biblioteca permanece abierta, tanto en horario escolar como en horario no propiamente escolar. Y debemos indagar también sobre el grado de satisfacción que depara, así como sobre las tutelas que requiere el horario de apertura establecido.

Para los *fondos* nos valen una vez más los consejos de Baró, Mañà y Velloso (2001: 53-61). En primer lugar consideraremos los materiales de consulta, para los que estas autoras recomiendan no dejarse impresionar por la presentación (hay materiales llenos de fotografías y de artilugios que suelen ser muy bonitos, pero cuyo valor informativo puede ser escaso, amén de contribuir a encarecer el libro), no comprar sin antes leer y comprobar la veracidad y la actualidad de los contenidos (hay que ver si lo que se expone se entiende, si las informaciones se ordenan de manera lógica o si pueden utilizarse para adquirir conocimientos y consultar dudas) y, por último, no valorar excesivamente el hecho de que un libro incorpore numerosos elementos complementarios (a veces las obras de referencia vienen cargadas de bibliografías, glosarios, cronologías, etc., que no tienen mucha razón de ser). Más sensato es consultar con los especialistas de las áreas y aplicar los criterios que nuestra formación nos haya enseñado.

Con todo, lo más problemático de la elección de los fondos no se sitúa en los materiales de consulta, sino precisamente

en los libros infantiles. Es más difícil en general seleccionar este tipo de literatura que los libros de conocimientos, como lo es hacer una valoración sobre ella a partir de una forma predeterminada. Los gustos y aficiones del bibliotecario, su experiencia lectora o el momento mismo de la lectura pesarán como factores no siempre bien avenidos con lo que nuestra biblioteca nos demanda. En todo caso, la literatura infantil debe integrarse en un fondo de ficción amplio y variado. Para equivocarse lo menos posible en la elección conviene seguir algunas pautas como éstas: conocer bien a los lectores, teniendo en cuenta que en tanto docentes conocemos las capacidades, intereses y diversidad de nuestros alumnos y podemos escoger en función de ello; poner en tela de juicio aquellos libros que sólo tiene un valor didáctico o educativo, pues aunque –como hemos señalado ya muchas veces– se tienda a pensar que un buen libro infantil es el que aporta una gran cantidad de valores, lo cierto es que conviene que a fuerza de tener mucha moralina no acabe por dejar de tener literatura; rehuir generalidades (del tipo «Esto no les gusta» o «Esto es muy raro y no lo van a entender») puede ayudarnos a no llenar nuestra biblioteca de libros con fórmulas totalmente habituales y a no dejar fuera títulos innovadores: y, por último, aplicar los mismos criterios de calidad que aplicaríamos a una novela de adultos, excepto en los casos en que los libros puedan superar las capacidades intelectivas del lector. Debemos valorar si la literatura despierta el interés de los alumnos, y para que no sea el criterio del bibliotecario el que prevalezca, lo más recomendable es compartir experiencias lectoras con ellos (acudiendo a los seminarios que organicen las bibliotecas públicas, por ejemplo, o participando en foros donde se expongan otros puntos de vista).

En cuanto a los *recursos*, consideraremos como aspectos principales (Lage Fernández, 2013: pos. 792) el presupuesto anual fijo disponible, el origen de los mismos (pueden ser re-

cursos internos, pero también recursos aportados por otras instituciones), el destino al que vayan dirigidos y la publicidad que podamos darles. La recomendación (Lage Fernández, 2013: pos. 847-854) más urgente aquí es la prudencia. Hay que preocuparse por recabar fondos para nuestros proyectos, pero también de disponerlos con equidad y justicia, de modo que atendamos a los intereses generales y no al bien particular o individual.

Dado que la biblioteca está constituida por la comunidad de lectores, y no se reduce a un mero estante con libros, debemos potenciarla como espacio de *actividades*. Entre ellas, los recitales poéticos, los encuentros con autores, los clubes de lectura, las campañas de promoción de la lectura, los talleres sobre el libro y sobre literatura, y así un largo etcétera. No debemos temer ser imaginativos a este respecto.

BIBLIOTECA Y HÁBITOS LECTORES

En el ejercicio de nuestra profesión tendremos que cuestionarnos alguna vez qué es realmente una biblioteca. Como decíamos justo ahora, el espacio físico en el que se archivan y conservan los libros y otros documentos audiovisuales puede ser importante —ni siquiera imprescindible, como veremos—, pero no es lo que hace *per se* que una biblioteca sea tal. Igual que una escuela no es sin más el centro escolar, la biblioteca se construye a partir de la comunidad que la mantiene y concurre a ella. Es frecuente, por lo demás, que cuando hablamos de bibliotecas nos hagamos antes que nada con la imagen mental de un edificio, pero lo cierto es que hoy en día es posible incluso acceder a un buen número de fondos sin salir de casa. Las

bibliotecas digitales, caso de la Biblioteca Digital Hispánica³ o Europeana,⁴ son una buena muestra de ello.

En el apartado anterior hablamos de las bibliotecas escolares, en éste, dedicado a los hábitos lectores, concluiremos que la mejor manera de fomentar tales hábitos es no sólo yendo nosotros a la biblioteca, sino trayéndola hasta nuestra clase. Dedicaremos unas breves palabras, por tanto, a la biblioteca de aula, cuyos fondos surtiremos de la mejor manera posible. En nuestra opinión, hay una serie de fondos permanentes (los diccionarios, tanto léxicos como enciclopédicos; los libros de gramática y de ortografía, etc.) que deberían ser inexcusables y estar siempre a disposición para su consulta en el aula, dado que de lo que se trata precisamente es de crear un hábito lector respecto a ellos. Así, consultar el diccionario o las dudas ortográficas debieran convertirse en acciones cotidianas y muy frecuentes. Más difícil de gestionar es lo de los fondos de ficción, aunque éstos también nos permiten más margen. Este manual nos ha invitado a discutir sobre los criterios de selección de libros infantiles, sin ir más lejos, y quizá la biblioteca de aula pueda ser el lugar idóneo para aplicarlos. Es importante que en el aula haya libros de ficción y que se hable de ellos, pero eso no excluye otras posibilidades, compatibles con ésta: algunos los podemos hacer nosotros tras realizar actividades de escritura creativa o de edición; podemos solicitar que cada familia aporte un número de libros determinado y los ponga a disposición común de todos los estudiantes de mane-

³ La Biblioteca Digital Hispánica es la sección digital de la Biblioteca Nacional de España, que tiene digitalizado una buena parte de su catálogo de fondo antiguo (y por lo tanto libre de derechos de autor). Merece la pena echarle un vistazo: bibliotecadigitalhispanica.bne.es.

⁴ Europeana, por su parte, es un buscador que filtra con bastante eficacia materiales disponibles en un amplio catálogo de bibliotecas digitales europeas. También compensa, si se le dedica un rato: <http://www.europeana.eu/portal/es>.

ra temporal durante el curso; o podemos, por qué no, intentar atraer algunos fondos solicitando donaciones a voluntad.

Nuestra biblioteca de aula debe estar en el aula, claro, pero depende de nosotros el que acabe perfectamente integrada, o incluso ocupando un lugar protagonista, o relegada a la condición de mero apéndice. Procuraremos que tenga un aire de continuidad y ruptura al mismo tiempo: continuidad en la medida en que sea familiar para los alumnos, en que se haga de ella un espacio cotidiano en el que se desenvuelvan con frecuencia; y ruptura en el sentido de procurar darle un toque «mágico» a ese espacio, que garantice cierta intimidad, cierto sosiego lector, y no recuerde sin más la perspectiva de horas de aburrimiento por delante. Nos podemos valer para ello de un mobiliario hecho por nosotros mismos que sea versátil e intercambiable, y siempre a la altura de nuestros alumnos. Y ayudará esmerarse en la decoración, por supuesto. Que esté dentro del aula no significa que tenga que ser como el resto del aula, y que se decore de manera colectiva aumenta la cohesión y el sentido de participación en el grupo. E incluso más allá del grupo, porque no es tan mala idea involucrar a las familias (por ejemplo: la familia de un alumno, en la que algún miembro sepa coser, puede aportar unos cojines, otra algún detalle simpático que le dé un aire afectuoso...). La biblioteca de aula no debiera jamás de dejar de ser bonita, en suma.

Al igual que sucede con la biblioteca escolar, sus usos no han de limitarse sólo a la clase de lengua o al acceso individual. Podemos hacer de ella un espacio de reunión colectiva e incluso el espacio «abierto» del aula por excelencia (¿por qué no plantearnos, por ejemplo, un club de lectura que implique a las familias en nuestra pequeña y coqueta biblioteca?). Si la cuidamos como es debido, la biblioteca nos aportará una ventaja que lo será también para nuestros alumnos: no necesitaremos libro de texto porque en ella tendremos todo lo que nos

puede ofrecer un libro de texto y lo tendremos de manera más viva, más abierta a la participación y la implicación de todos.

II. CUESTIONES PROPUESTAS

1. Imagina que vas a montar una biblioteca de aula, para la que tienes suficientes recursos: ¿cómo seleccionarías el fondo bibliográfico y qué tipo de libros no faltarían en ella?
2. ¿Se justifica la presencia de la literatura infantil en la escuela de hoy? ¿Crees que sobrevivirá en la escuela del futuro? Defiende tu posición por extenso y con los mejores argumentos de que seas capaz.
3. ¿Puede tener el enfoque de las capacidades de Martha C. Nussbaum aplicaciones en la educación literaria? Razona por extenso tu respuesta.
4. Cualquier otra pregunta transversal que se les ocurra relativa a esta sección, siempre y cuando –y sólo siempre y cuando– se acuerde previamente con el profesor.

BIBLIOGRAFÍA

- Baró, Mónica; Mañà, Teresa; y Velloso, Inmaculada (2001), *Bibliotecas escolares, ¿para qué?*, Madrid, Anaya.
- Lage Fernández, Juan José (2013), *Bibliotecas escolares, lectura y educación*, Barcelona, Octaedro. [Edición para Kindle]

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

Los dos libros que proponemos aquí contienen lo básico para el buen funcionamiento y gestión de una biblioteca escolar, aunque la parte relativa a la biblioteca de aula la hayamos hecho de nuestra propia cuenta. El primero (Baró, Mañà, Vellosillo, 2001) tiene la ventaja de ser muy ameno, al estar escrito según el modelo epistolar –aunque se trate en este caso de correos electrónicos–, en el cual una serie de profesores escriben a las bibliotecarias exponiéndole sus dudas. Éstas, como no puede ser de otra manera, responden por extenso. Las situaciones que se plantean serán muy reconocibles, por ello, para cualquier maestro.

Algo más difuso es el segundo (Lage Fernández, 2013), aunque también más completo. El mayor problema que le vemos es que cuesta encontrar cuál es exactamente el hilo unitario que da coherencia temática al libro, más allá del capítulo central, dedicado a las bibliotecas, que es el que se ajusta al título. Y sin embargo hemos considerado oportuno citarlo con una buena razón para ello: cuando el autor se va del tema, como en la completa parte dedicada a la relación entre la censura y la literatura infantil, se intuye que disfruta hablando de cosas que le gustan. Y nosotros con él, de paso.